

Lo que sea de cada quien

Un favor para Julio Alejandro

Vicente Leñero

Cuando Héctor Gómez se levantó de la mesa y se despedía, llegó Julio Alejandro con cara de apuro.

—Te andaba buscando.

Julio Alejandro debía gran parte de su fama al haber sido guionista de Buñuel, pero en Televisión escribió; trataba de dirigir telenovelas para las producciones de Ernesto Alonso.

—Quiero pedirte un favor enorme —dijo.

—¿A quién hay que matar? —Bromeé.

—Al cabrón de Pablo Palomino —respondió como si se lo tomara en serio.

Atildado, oliendo siempre a lavanda, Pablo Palomino trabajaba en el departamento literario de Televisión. Su responsabilidad consistía en supervisar que los guiones de las telenovelas no contuvieran parlamentos o escenas susceptibles de ser censuradas luego por Gobernación. Lo conocía sólo de vista hasta que me llamó a su oficina para proponerme un negocio ligeramente turbio:

—¿Te interesaría escribir conmigo una telenovela?

—No puedo —repliqué de entrada—. Estoy escribiendo para Ernesto Alonso y él no me deja.

—No lo sabrá nunca. Lo firmamos con seudónimo.

A Pablo Palomino le parecía una idea genial hacer una adaptación, de sesenta capítulos, de la *Eugenia Grandet* de Balzac, época actual. Planearíamos juntos la trama; yo me encargaría de escribir los guiones y él de colocarla con Ernesto y cobrar. Iríamos al cincuenta-cincuenta.

Trabajé sin problemas. Palomino no puso jamás un solo pero a mis capítulos, y yo me sentí satisfecho, orgulloso de un trabajo que por desgracia no llevaría mi crédito.

Llegué a pensar, incluso, que al propio Balzac le habría gustado mi *Eugenia Grandet* mexicana en el siglo veinte.

Julio Alejandro manoteó en la mesa, luego se limpió el sudor:

—No sabes cuánto le pedí a Ernesto que me dejara dirigir otra telenovela, y ahora que me dio luz verde resulta que el mamotreto es de Pablo Palomino.

—¿Una novela de Palomino?

—Escrita con seudónimo, claro, como siempre. A Ernesto no le importa porque lo que Ernesto quiere, tú lo sabes, es congraciarse con Palomino para que no le ponga obstáculos a sus telenovelas importantes. En el horario de las seis, lo que sea, aunque se trate de un bodrio como éste.

—¿Es un bodrio? —pregunté haciéndome el despistado.

—Bodrio es poco. Trata de ser una versión de *Eugenia Grandet*, pero ese imbécil no entiende ni por el forro a Balzac. Es mala hasta decir basta.

—Ah caray.

—No se la puedo rechazar a Ernesto, porque no me daría otra jamás. Por eso tú eres mi única salvación.

—¿Yo qué puedo hacer?

—Corregir el bodrio de Palomino. Cambiar los diálogos, rehacer las escenas, darle más vida, más alma, más interés. Yo lo haría, pero estamos a punto de empezar y no puedo escribir y dirigir al mismo tiempo. Por dinero no hay problema, te consigo lo que me pidas. Para ti es pan comido.

Si hubiera tenido una pizca de valor frente a Julio Alejandro le habría dicho la verdad. Preferí enredarme en pretextos: que no tengo tiempo, que estoy sobrecargado de trabajo, que voy a hacer un viaje.

—Hazlo por la salud de tu madre.

—No puedo.



Julio Alejandro por Postigo, El Periódico de Aragón, 25 de abril de 1999

—Por un favor entre colegas.

—No puedo.

—Somos amigos, no me dejes varado.

—No puedo, Julio, de veras.

Cuando Julio Alejandro se dio cuenta de que no me iba a convencer, arrojó la cucharita de café sobre la mesa y se levantó de sopetón.

Nunca volvimos a conversar. Cuando nos encontrábamos en los pasillos él miraba para otra parte, y cuando coincidíamos en el café de Televisión él buscaba otra mesa.

—Habla muy mal de ti —me informaba de vez en cuando Héctor Gómez.

Por el mismo Héctor Gómez supe, mucho tiempo después, que Julio Alejandro Castro regresó a España para vivir sus últimos años y para morir en 1995, a los ochenta y nueve años, en Jávea, Alicante. Ahora existe un concurso hispanoamericano de guiones que lleva su nombre y J.A. Ramón Ledo escribió su biografía. **U**